Congregación General nº 4

**Comunión: las bodas del Cordero**

Aportación teológica - 9 de octubre de 2023

**Profesora Anna Rowlands**

Catedrática St Hilda de Pensamiento y Práctica Social Católica

Departamento de Teología y Religión y Centro de Estudios Católicos, Universidad de Durham, Reino Unido

Querido Santo Padre, hermanos y hermanas,

¿Podemos tener el valor de enfrentarnos a la realidad tal y como es? Esta fue la hermosa y desafiante pregunta que nos planteó el P. Timothy. Nos puso ante la paradoja de nuestra llamada a ser como Cristo: escuchar, ver y sentir la condición de nuestro mundo, y sin embargo ser amablemente honestos con nosotros mismos de que no nos resulta tan fácil soportar la realidad. La sección B1 del Instrumentum Laboris nos lleva al corazón de esta paradoja cristiana básica: esperanza y dificultad, la belleza y la libertad de la llamada de Dios y los desafíos de crecer en santidad. El Instrumentum Laboris utiliza el lenguaje de la Lumen Gentium § 1 - invitándonos a reflexionar sobre la misión de la Iglesia de ser en Cristo signo e instrumento de unidad con Dios y con toda la humanidad. La vida de comunión se nos ofrece como el modo de gracia de vivir juntos en Cristo, aprendiendo a "soportar" la realidad, con delicadeza, generosidad, amor y valentía, por la paz y la salvación del mundo entero.

Por tanto, lo primero que hay que decir de la comunión es que es la realidad de la propia vida de Dios, el ser de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. En este sentido, es lo más real que existe: el fundamento de la realidad y la fuente del ser de la Iglesia.

Nuestra primera acción en relación con esta realidad es una acogida alegre, no ansiosa, no competitiva. Participar en la vida de comunión es el honor y la dignidad de nuestras vidas. La comunión es la forma en que entendemos el propósito último de Dios para toda la humanidad: atraer a la creación que amó a la existencia cada vez más completamente a su propia vida, en el abrazo, y al hacerlo, enviarnos a renovar la faz de la tierra. La llamada a ser la Iglesia que sirve a este reino se describe en Lumen Gentium § 9: "para que sea para todos y cada uno el sacramento visible de esta unidad salvífica". La Iglesia muestra y da la comunión con Dios, que es comunión para toda la creación. La comunión es, pues, nuestro ser y nuestro hacer.

Un amigo me cuenta que, a Raymond Brown, biblista americano, le gustaba enseñar a sus alumnos que el lenguaje de la koinonía aparece por primera vez en el Nuevo Testamento en relación con la práctica del intercambio de dinero, expresando la idea de la olla común de la Iglesia. La moneda de la Iglesia no es el dinero, sino la riqueza de los dones, carismas y gracias que Dios derrama en la Iglesia y que "distribuye [...] con su propia autoridad" (Bas., fid. 3), y que nosotros estamos llamados a discernir. Como cristianos bautizados, todos tenemos nuestra mano en esta olla.

Pensamos en la comunión como primera y última palabra de un proceso sinodal: origen y horizonte de nuestro camino. Con Cristo y su Espíritu en el centro, la comunión es la fuerza misma de esta sala.

El chiste que se hace a menudo es que Dios se hizo carne, y los teólogos volvieron a convertir a Dios en palabras... y mi tiempo es corto, así que elegiré sólo tres dimensiones diferentes del pensamiento sobre la comunión para nombrarlas muy brevemente.

**En primer lugar, la comunión es la belleza de la diversidad en la unidad**. En un mundo moderno que tiende tanto a la homogeneidad como a la fractura, la comunión es un lenguaje de belleza, una armonía de unidad y pluralidad. Esta belleza reside en la celebración de la riqueza y la diversidad de una creación que da gloria a Dios, una pluralidad que sólo termina cuando cada cosa creada ha agotado su capacidad de creación, y todo vuelve a Dios a través de Cristo en el Espíritu.

San Buenaventura, el gran teólogo franciscano, escribió maravillosamente sobre cómo la pluralidad de la creación permite que brillen todos los diferentes colores de la luz divina. La luz divina se percibe en una comunión que se irradia a través de una gloriosa diversidad de personas, criaturas, culturas, lenguas, liturgias, dones y carismas. Henri de Lubac subraya que la Iglesia nunca compite con la cultura. En las culturas que habita, confiesa y acoge a Cristo. La comunión que irradia es una diversidad no competitiva, auténtica, con un único punto de unidad en el Dios trinitario.

Frente a una mundanidad que con tanta frecuencia rinde culto a la fuerza competitiva y asertiva y a la lógica de la posesión en lugar de la relación, Dios nos atrae a una comunión de humildad y servicio. Jean-Marie Tillard escribió que, a diferencia de cualquier otra entidad en el mundo, es en la debilidad, en el sufrimiento y en la pobreza donde la Iglesia "logra" convertirse en el signo de la gracia de Dios. Nuestra belleza no es la belleza del mundo. La sección B1 nos invita a crecer en comunión reflexionando con humildad con quienes son vulnerables, sufren o son débiles y sobre las vulnerabilidades y debilidades de la Iglesia. En la sección B1 nos preguntamos con valentía cómo podemos estar más cerca de los más pobres, más capaces de acompañar a todos los bautizados en las diversas situaciones humanas, despojados de falsos poderes, más cercanos a nuestros hermanos cristianos y más comprometidos con nuestras culturas particulares.

La Iglesia nació inseparable del drama humano: en un refugio provisional, en la Cruz, en Pentecostés. Nuestra catolicidad sigue viviéndose en medio de nuestro drama humano. Hablamos de comunión, no desde una serena perfección que está fuera de nuestro alcance, sino desde nuestra necesaria ubicación en la lucha de cada cultura y contexto por la verdad, la belleza y el bien. La sección B1 nos invita a reflexionar positivamente sobre el sentido que encontramos en esos lugares de encuentro y lucha, a escuchar los ecos y las diferencias.

**En segundo lugar, la comunión existe en realidades concretas y tangibles**. Es la vida que ofrece pan al hambriento, curación al que sufre, descanso al atribulado. Quizá la imagen más cercana y vívida de la comunión sea, como banquete, la cena de las bodas del Cordero. Dios apela a nuestros sentidos: gustar y ver, tomar y comer.

Es en la Eucaristía donde se encuentran las diferentes dimensiones de la comunión: es el lugar donde se manifiesta la comunión de los fieles, donde recibimos los dones de Dios para el Pueblo de Dios. El orden sacramental nos enseña, alimentándonos, la comunión.

La representación bíblica de la fiesta es también una imagen que trastorna el orden natural percibido de las cosas. En la fiesta que se establece, los impotentes, los despreciados y los que sufren serán los primeros. Esto es así, por la cercanía de Dios a los que sufren y por la cercanía de muchos de los que sufren al conocimiento y al misterio de Dios. Un superviviente de abusos por parte del clero me escribió cuando supo que yo estaría en el Sínodo y me dijo: "Sé valiente sobre la necesidad de sanación. Este es un camino pascual que debemos recorrer juntos. Y diles que la Eucaristía salva vidas". No todos los supervivientes de abusos se sienten así, pero comparto esto porque tiene el carácter de una profecía de comunión; llama al arrepentimiento, y proclama la verdad central de nuestra fe.

Las escandalosas amistades de Jesús que unieron a una comunidad de discípulos fueron a menudo amistades de mesa. Y las amistades de mesa importan. Cuando trabajé con una organización católica benéfica para refugiados en Londres, pregunté a los refugiados que acudían en busca de ayuda por qué elegían este servicio en particular. Nunca olvidaré su respuesta: porque aquí me reciben en la puerta por mi nombre, y el personal se sienta y come con nosotros en la misma mesa. Esto me dignifica, me devuelve mi humanidad. En los otros centros, el personal no come con nosotros. La ficha B1.1 centra nuestros debates precisamente en estas cuestiones de una comunión digna en la que la Iglesia encuentra a Cristo que ya se sienta a la mesa con los más pobres.

**En tercer lugar, la comunión es una participación que nos vincula a los demás a través del tiempo y del espacio.** El lenguaje koinonia de las Escrituras es instructivo; implica: 'compartir, tener parte, tener algo en común, actuar juntos'; una participación en una realidad compartida de la que nadie está, en principio, excluido. Es una realidad que se hace más propia a medida que se derrama, se extiende hacia todos los rincones del planeta y se comparte de manera más íntima y completa entre las Iglesias. Aceptar la verdad significa que siempre hay más verdad por conocer.

Siempre estamos actuando a la luz de lo que ha sido, actuando ahora y actuando hacia lo que nos llama: hacia la unidad y el servicio del Reino. Cada una de estas acciones -iniciadas pero incompletas- nos vincula a las realidades del pasado -las alegres que necesitan ser sostenidas, las dañinas que necesitan ser arrepentidas y sanadas-, a la alabanza de Dios y a la llamada de nuestro prójimo en el presente, y al futuro en el que anhelamos ser recibidos. Una parte crucial de por qué el lenguaje de comunión es pascaliano y, por tanto, esperanzador, es porque une pasado, presente y futuro con un hilo dorado. En una época a menudo empeñada en cortar esas conexiones, nuestra fe se aferra a ellas. Es parte de su inteligencia orientadora para nosotros.

Esta realidad de una comunión que irradia, misteriosa y a la vez totalmente práctica, ya ante nosotros, y todavía delante de nosotros, ofrecida como pan para el mundo y palabras que salvan vidas, necesitada de ser expresada en cada contexto -local, regional, global- que la Iglesia habita, éste es el paradójico horizonte de esperanza, la realidad en la que, si tenemos el valor, el Señor nos invita a situarnos.